

Poesia. Edició crítica

Joan Fuster

Canto espiritual

Si el mundo ya es tan bello y se refleja,
oh Señor, con tu paz en nuestros ojos,
¿qué más nos puedes dar en otra vida?

Así estoy tan celoso de estos ojos
y el cuerpo que me diste, y su latido
de siempre, ¡y tengo tal miedo a la muerte!

Pues ¿con qué otros sentidos me harás ver
este azul que corona las montañas,
el ancho mar, y el sol que en todo luce?
Dame en estos sentidos paz eterna
y no querré más cielo que éste, azul.
Aquel que solamente grite «Párate»
al instante que venga a darle muerte,
no le entiendo, Señor, ¡yo, que quisiera
parar tantos instantes cada día
para hacerlos eternos en mi alma!
¿O es que este «hacer eterno» es ya la muerte?
Pero entonces, la vida ¿qué sería?
Sombra del tiempo huyente sólo fuera,
ilusión de lo cerca y de lo lejos,
cuenta del mucho, el poco, el demasiado
¡engañoso, pues todo ya lo es todo!

¡Es igual! Este mundo, como sea,
tan extenso, diverso y temporal,
esta tierra, con todo lo que engendra,
es mi patria, Señor, ¿y no podría
ser también una patria celestial?
Hombre soy y es humana mi medida
para todo lo que crea y espere:
si mi fe y mi esperanza aquí se quedan
¿me acusarás por eso más allá?
Más allá veo el cielo y las estrellas:
y aun allí, quiero un hombre seguir siendo:
si me has hecho las cosas tan hermosas
y para ellas mis ojos, al cerrarlos
¿por qué buscar entonces otro «cómo»?
¡Si para mí jamás lo habrá como éste!

Ya sé que eres, mas dónde ¿quién lo sabe?
Cuanto miro, se te parece en mí...
Déjame, pues, creer que eres aquí.
Y cuando venga la hora temerosa
en que estos ojos de hombre se me cierren,
ábreme tú, Señor, otros más grandes
para poder mirar tu rostro inmenso.
¡Nacimiento mayor sea mi muerte!

Traducción de José M^a Valverde

MARAGALL, Joan. "Canto espiritual" ("Cant espiritual"). Miscellanea Barcinonensia. Revista de Investigación y Alta Cultura. [Barcelona], any III, núm. VI (1964), pàgs. 145-146.

Cántico Espiritual

Si el mundo es tan hermoso, Señor, cuando se mira
con vuestra paz, dentro de nuestros ojos,
¿qué más nos podéis dar en otra vida?

Por eso estoy tan celoso de los ojos, y el rostro,
y el cuerpo que me disteis, Señor, y el corazón
que siempre se mueve... ¡Y temo tanto a la Muerte!

¿Con qué otros sentidos me haréis ver
este cielo azul sobre las montañas,
y el mar inmenso, y el sol que en todo brilla?

Dadme en estos sentidos la eterna paz,
y no querré más cielo que este cielo azul.

Al que a ningún instante dijo: "¡Párate!"
sino al solo momento de la Muerte,
no le entiendo, Señor, iyo que querría
detener tantos momentos cotidianos,
para hacerlos eternos, dentro de mi corazón!...

¿O es que este "hacer eterno" es ya la Muerte?
Pero, entonces, la vida, ¿qué sería?
¿Sombra tan sólo del tiempo que pasa,
una ilusión de cerca y lejanía,
y la cuenta de lo mucho, lo poco, y lo excesivo,
engañadora, ya que todo es todo?

¡Lo mismo da! Este mundo sea lo que sea,
tan diverso, tan extenso, tan temporal,
esta tierra, con todo lo que cría,
una patria es, Señor, ¿y no podría
ser también una patria celestial?

Hombre soy, y es humana mi medida

para cuanto pueda creer y esperar.
Si mi fe y mi esperanza, aquí se quedan,
¿haréis de esto una culpa, más allá?

Más allá veo el cielo y las estrellas
y aun allí querría ser hombre.
Si hacéis las cosas, bellas a mis ojos,
si hacéis mis ojos y mis sentidos para ellas,
¿por qué cerrarlos, buscando otra cosa?
¡Si, para mí, como esto no habrá nada!
Sé que existís, Señor, pero ¿dónde? ¿Quién lo sabe?
Todo cuanto veo os retrata en mi ser...
¡Dejadme creer, Señor, que estáis aquí!
Y cuando venga la hora del temor,
en que se cierren estos ojos humanos,
abridme, Señor, otros ojos más grandes
para contemplar vuestra faz inmensa.
¡Séame la muerte un nacimiento en grande!

Traducido por Ángel Valbuena Prat